045. Los becerros de oro

Cuando leemos el capítulo treinta y dos del Éxodo nos encontramos en un momento decisivo de la Biblia, es decir, de la Historia de la Salvación, narrada en la Sagrada Escritura. ¿Qué va a hacer el Dios ofendido? ¿Mantiene su palabra empeñada con Abraham, o rehace todo de nuevo, partiendo de Moisés?...

El gran caudillo de Israel está en el monte, hablando con Dios. Tarda en bajar, el pueblo se impacienta, y propone a Aarón lo peor de lo peor:

- No sabemos nada de lo que ha pasado a ese Moisés que nos sacó de Egipto. Haznos, pues, un dios que vaya delante de nosotros.

Se arrancaron los aretes, anillos y todo el oro que llevaban, lo entregaron a Aarón, que les fundió así el famoso becerro de oro, y se lo presentó alzado sobre un altar. El pueblo exclama jubiloso:

- ¡Venga, a cantar, a bailar y a hacer fiesta en honor de este nuestro dios! A este dios sí que lo vemos; al Dios de Moisés no lo hemos visto nunca...

Moisés no sabe nada. Pero, se lo comunica Dios en lo alto del Sinaí:

- Baja al campamento, porque ese tu pueblo que sacaste de Egipto ha prevaricado y se ha hecho un dios de oro.

Dios se decide a romper la alianza, ya que el pueblo la ha roto primero y no la quiere más. Pero Dios, fiel a su plan de salvación, la rompe rehaciendo el primer proyecto:

- ¡Cuidado que esta gente es de dura cerviz! No se doblega por nada. Voy a aniquilar a este pueblo, y voy a hacer de ti, Moisés, una gran nación. Olvido al pueblo de Abraham. Tendré en adelante otro nuevo pueblo: el de Moisés, será el pueblo mío.

Moisés puede sentirse halagado. Pero, no. Ahora se interpone entre Dios y el pueblo pecador:

- ¿Por qué, Señor, te enojas contra este tu pueblo, que has sacado de Egipto con toda la fuerza de tu poderoso brazo? Los egipcios van a decir: Su Dios los ha sacado con malicia, para hacerlos morir en el desierto.

Los pueblos antiguos tenían cada uno su propio dios. Y todo redundaba en gloria o en desprecio de ese dios, según al pueblo le fuese bien o le fuese mal. El Dios de Israel se veía ahora mofado por los egipcios, si Dios llevaba a cabo su plan exterminador. Por eso Moisés sale a favor de Dios, al mismo tiempo que a favor de su pueblo. Así, que prosigue:

- Acuérdate que tú mismo prometiste a Abraham, Isaac y Jacob hacer de ellos un gran pueblo y darle para siempre la tierra de Palestina.

Moisés vence la resistencia de Dios, que se doblega ante súplica tan humilde. No castiga al pueblo, y sigue adelante con su promesa de meterlo en la tierra prometida.

Este pasaje del Éxodo está lleno de enseñanzas muy profundas sobre la mediación de Jesucristo, representado en Moisés. El gran caudillo de Israel, le pide a Dios:

- ¡No castigues al pueblo, y, si lo quieres hacer, castígame primero a mí, y siempre a mí con ellos!

Pero, ya se ve, aquí Moisés, más que nunca, es la figura que avanza al gran Mediador Jesucristo. ¡Y cómo necesita el mundo de hoy que Jesucristo se interponga entre el pecado del mundo y la justicia de Dios!...

El becerro de oro, alrededor del cual canta y baila y se postra el mundo, es hoy el dinero, el placer desenfrenado, la indiferencia ante el Dios verdadero, echado al olvido...

Repetimos muchas veces —seguros de que no exageramos nada—, que hoy en nuestra sociedad se peca mucho. Y lo peor es que el pecado moderno resulta ser el más grave de todos, porque es *el alejamiento voluntario de Dios*. Antes se pecaba igual que ahora; pero los hombres reconocían que eran pecadores, sentían el temor santo de Dios, e imploraban convencidos el perdón.

¡Qué bien lo expresaban, por ejemplo, con las procesiones penitenciales, sobre todo aquellas tan austeras de Semana Santa! Hoy se ha perdido ese sentido de la culpa, y sin el miedo a la culpa no da ningún miedo tampoco Dios y se le abandona...

Si admitimos la manifestación de la Virgen en Fátima, cada vez nos estremece más aquella su afirmación tan angustiada:

- *El Señor está demasiado ofendido..., y son muchas las almas que se pierden.*

Menos mal que Jesucristo sostiene el brazo justiciero de Dios. Suerte para nosotros, que Jesucristo le dijo un día al Padre:

- *Castígame a mí. Para eso he tomado yo un cuerpo y un alma como los hombres, para que descargues en mí el azote que ellos merecen. Son mis hermanos, y yo respondo por ellos.*

Y sigue diciendo ahora en el Cielo:

- *Aquí están mis llagas, hoy gloriosas; son las mismas, Padre, que un día miraste sangrantes en la cruz.*

Así Jesucristo, el Mediador, se ganó un pueblo de descendencia numerosísima, tan grande como es la multitud inmensa de los salvados. Un pueblo peregrino, que El introduce seguro en la Tierra Prometida de la Gloria.

¡Señor Jesucristo! Si nos miras ante los becerros que nos fabricamos, que no sea para romper con furia sobre nosotros las tablas de tu Ley. ¡Que sea para salvarnos! Puedes más que Moisés, y tuyo será el orgullo eterno de haber sido el potente Salvador del mundo...